

HOMILÍA EN LA SOLEMNIDAD DE NTRA. SRA. DEL PINO

Teror, 8 de Septiembre de 2014

¡GRACIAS, MADRE! ¡GRACIAS, MADRE! ¡GRACIAS MADRE!

Es lo primero que sale de nuestro corazón cuando, un año más, venimos juntos, como familia diocesana, a encontrarte en tu Santuario, después de la visita que nos has hecho, viniendo a nuestra Catedral, pero sobre todo viniendo de una manera tan fuerte, tan cercana, a nuestros corazones. ¡Es verdad! Como cantaste en tu visita a Isabel, "*el Poderoso ha hecho obras grandes por ti*", "*su misericordia llegó a nosotros*". Lo hemos visto, lo hemos tocado, lo hemos vivido. Te pusiste en camino con prontitud, para acercarte a todos, y ¡cuánto hemos disfrutado de tu cercanía! ¡A cuántos has acercado a la misericordia del Padre en el encuentro del perdón! ¡Cuántas plegarias has escuchado, cuántos buenos propósitos has ido conformando en muchos corazones, cuántos silencios has alcanzado a interpretar, cuánta alegría ha inundado tu corazón de Madre, al ver a tantos hermanos alrededor de la Mesa de tu Hijo, al ver a tantos hermanos preocupados y ocupados de corazón en las cosas de los demás, en las cosas de los pobres!

Queridos Hermanos y Amigos todos:

El curso pastoral que iniciamos hace hoy un año, acudiendo como siempre a nuestra Madre la Virgen del Pino, ha estado centrado en la búsqueda y en la escucha. Conscientes de que nos encontrábamos de alguna forma en el desierto, aprendimos de labios del Santo Padre Benedicto XVI que **en el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir**. Necesitábamos descubrir lo esencial. Y hemos encontrado que lo que embellece el desierto es que esconde un pozo en alguna parte. Y, no como fruto de nuestro esfuerzo, sino como un regalo del Padre. Hemos encontrado, en el caminar por el desierto de los desánimos y la falta de caminos, un oasis y un pozo, con agua viva que calma nuestra sed.

Como una gracia preciosa hemos vivido las jornadas de la Bajada de la imagen de nuestra patrona la Virgen del Pino a Las Palmas de Gran Canaria como la entrada en un auténtico oasis. Y en este oasis, el pozo ha sido su presencia, su cercanía a nosotros. Y en el pozo hemos encontrado el agua viva que calma nuestra sed. María nos ha acercado, nos ha traído hasta Cristo, y así hemos vivido su patronazgo centenario como el alivio de nuestra sed.

Y debemos seguir aprovechando el manantial que hemos encontrado. Para la Bajada de la Virgen pedí prestado al Papa Francisco una de las advocaciones que él había unido a la figura de nuestra Madre: Señora de la Prontitud. La prontitud de María para ponerse en camino llevando a Cristo, sirviendo a los demás, nos manifestaba la entraña misma de la evangelización. Esa prontitud alegre y confiada era la manifestación de la disponibilidad de su corazón. La prontitud de la Visitación hunde sus raíces en la escucha y la disponibilidad de la Anunciación. Necesitamos reproducir, cada uno como creyente y todos juntos como Iglesia diocesana, ese proceso de disponibilidad en la escucha del saludo de Dios, y en la prontitud en la respuesta a su deseo. Para estar prontos como María en la Visitación evangelizadora, necesitamos hacernos disponibles en la Anunciación.

En la celebración de la Eucaristía del día de nuestra Patrona hacemos especial memoria del Pastor que nos acompañó durante tantos años y que tanto rezó por nosotros ante ti: nuestro Obispo Don Ramón. Con cariñosa memoria agradecida lo ponemos hoy en tus manos de Madre.

Escuchamos la Palabra y acogemos la Presencia. Estamos celebrando. Si celebrar es revivir, el don y la tarea de la Iglesia en la celebración de esta Palabra y esta Presencia es revivir ese Misterio. Les invito a ponerse en el lugar de María para escuchar el Evangelio que ella escuchó, para vernos enriquecidos como Iglesia con el don que Dios hizo a María, para vernos iluminados y

fortalecidos con la Luz y la Fuerza que María recibió. Repasemos las palabras de Dios a María como dirigidas a nosotros, a la Iglesia y al creyente de hoy. Se trata de revivir la escucha y revivir la respuesta, para revivir la tarea. No hay mejor forma para celebrar que revivir.

Hemos oído infinidad de veces el relato del Evangelista Lucas que hoy hemos proclamado. Estas son sus líneas esenciales:

- 1.- Alégrate. No estás sola. El Señor está contigo
- 2.- No temas. Vas a ser madre.
- 3.- Confía. El Espíritu Santo actuará.
- 4.- Aquí está la esclava del Señor. Dispón de mí.

Revivamos este Evangelio, nuestra Buena Noticia.

ALÉGRATE. NO ESTÁS SOLA. EL SEÑOR ESTÁ CONTIGO

La Encarnación se inició con una invitación a la alegría. La alegría llenó e hizo saltar a Juan Bautista en el seno de Isabel. La alegría es el grito de la plegaria de María que responde a Isabel. La alegría es el anuncio que reciben los pobres de la tierra, pastores de míseros rebaños en Belén: *“Os traigo la buena noticia, la gran alegría para todo el pueblo: hoy os ha nacido un Salvador”*. No estáis solos, ya nunca nadie deberá sentirse solo.

Quizás debamos descubrir en la Iglesia de hoy lo que nos sobra de tirantez y de acritud, de sombría preocupación, y hasta de amargura y pesadumbre. La alegría cristiana no es incompatible con las dificultades, los sufrimientos y los problemas, pero supone un corazón firme y dispuesto para afrontar la vida real desde la esperanza y la confianza en un Dios siempre cercano y fortalecedor. Es importante, muy importante, que nos preguntemos muy seriamente por la calidad y por las fuentes de nuestra alegría. Si la tristeza procede siempre de alguna forma de la soledad, la Iglesia debe descubrir la fuente de su alegría en la presencia de su

Señor con ella. Una Iglesia que se encontrara sin coraje ni ánimo para la tarea evangelizadora, una Iglesia que viviera en el pesimismo, aunque éste se fundara en la conciencia de la propia debilidad, una Iglesia instalada en la melancolía, es una Iglesia que no vive de una Presencia, es una Iglesia que necesita abrirse a la visita de su Señor.

**NO TEMAS. VAS A SER MADRE.
VAS A PONER VIDA, LA VIDA, EN EL MUNDO.**

Este pesimismo que podemos advertir en algunos sectores de la Iglesia es pesimismo nacido del temor. Del temor de no servir para nada en el mundo de hoy, de ser inútil, de no tener nada importante que aportar para que el mundo sea más humano y más feliz. Es frecuente oír hablar de las dificultades de los creyentes en el mundo de hoy. Pero quizás deberíamos reflexionar más sobre el origen y la entidad de estas dificultades: proceden es cierto de los obstáculos que algunos ponen a la acción de los creyentes; pero también de la falta de convencimiento y de coherencia de nuestro testimonio.

Necesitamos escuchar el anuncio de la Maternidad de la Iglesia. Vas a ser Madre. Puedes ser Madre. Tu fecundidad no se ha agotado. Puedes poner vida, la Vida en el mundo, porque puedes anunciar y hacer presente a Cristo en el entramado complejo de nuestros días y nuestras horas. "Jesús -nos dijo Juan Pablo II hace ya algunos años¹- es la verdadera novedad que supera todas las expectativas de la humanidad y así será para siempre, a través de la sucesión de las diversas épocas históricas. La encarnación del Hijo de Dios y la salvación que Él ha realizado con su muerte y resurrección son, pues, el verdadero criterio para juzgar la realidad temporal y todo proyecto encaminado a hacer la vida del hombre cada vez más humana". Sólo las grandes

¹ Bula *Incarnationis Misterium* convocando el gran jubileo del año 2000.

convicciones y las grandes coherencias vencerán el pesimismo y la melancólica mediocridad.

**NO ES COSA TUYA EN EXCLUSIVA.
EL ESPÍRITU SANTO ACTUARÁ.**

Es cierto que existe la dificultad y el obstáculo. En el exterior y en el interior de nuestra Iglesia. Nuestros pecados son dificultad y son obstáculo. Y la Iglesia es perseguida, o es objeto de burla, de desprecio o de indiferencia. De nuestro corazón puede surgir la pregunta de María, aunque por motivos bien distintos de los suyos: ¿Cómo será eso? ¿Es posible? ¿Tengo remedio? ¿Tenemos remedio?

La confianza que la Iglesia necesita ver renacer cada día en su corazón y en sus manos procede de la conciencia viva de su debilidad, y de la conciencia más viva todavía de la presencia actuante del Espíritu. “No es cosa tuya en exclusiva. El Espíritu Santo actuará”. Los discípulos de Jesús, después de tanto tiempo en su compañía, a su lado y a su escucha, todavía hicieron las preguntas más absurdas al reencontrarlo resucitado: ¿Es ahora cuando vas a restaurar la soberanía de Israel? No habían entendido nada. No se trataba de los plazos y los tiempos. Se trataba de la realidad misma de la tarea a realizar. Los discípulos de Jesús, después de tanto tiempo en su compañía, a su lado y a su escucha, todavía andaban dubitativos sobre si recibir o no a los griegos como hermanos, y sin ponerles condiciones.

Pero Jesús no abandonó y no abandona nunca a su Iglesia. Necesitamos escuchar las palabras dirigidas a María como dichas a nosotros hoy: El Señor está contigo. No temas. El Espíritu Santo te cubrirá. No se ha agotado tu fecundidad. Vas a poner vida, la Vida, en el mundo.

**REVIVIMOS TAMBIÉN LA RESPUESTA:
AQUÍ ESTÁ LA ESCLAVA DEL SEÑOR. DISPÓN DE MÍ.**

Y necesitamos escuchar su respuesta a esas palabras, para responder también nosotros, como Iglesia, como respondió Ella: Aquí tienes a tu esclava. Dispón de mí como quieras. Suena mal, muy mal, hoy esta respuesta: palabras de esclavitud y sometimiento. Los poderes y las fuerzas públicas y sociales pueden jugar a sus intereses, o a los beneficios a conseguir, políticos, sociales o económicos. La comunidad de la Iglesia y cada creyente en ella y con ella solo puede decir: *aquí está la esclava del Señor*. Me someto a ti, y dejaré que actúes en mí, como tú quieras. Esto quiere decir que la comunidad eclesial no puede, ni debe querer, asimilarse a los modelos culturales en boga. Para un creyente no hay doctrina a la carta, moral a la carta, fe a la carta, amor a la carta. Busca pensar, hablar y obrar con los criterios, las palabras y las acciones de Cristo, que la Iglesia nos ofrece.

No podemos dejar de situarnos junto a los pobres, reclamando de los que más tienen y pueden, salidas a lo que se hizo mal y no todos están sufriendo igual, compartiendo lo que tenemos con ellos, y ayudándoles a encontrar salidas. No podemos dejar de salir al encuentro de los jóvenes, ese planeta social que esta pagando con la desorientación e incluso con la propia destrucción los platos que hemos roto los mayores. No podemos renunciar a la tarea educativa, ni a la transmisión de los valores y la formación en las virtudes que aprendemos de Cristo. No podemos dejar de acompañar, infundiendo ánimo y esperanza, a los matrimonios y a las familias, que no están recibiendo las ayudas que merecerían como primera célula de la sociedad, como amparo y solución de tantos problemas sociales. No podemos callar ante el drama del aborto, cadena de muerte y velo de duelo para tantas mujeres. No podemos sino repetir con María: Aquí estamos como esclavos del Señor. Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo. ✠ Francisco, Obispo.